

6 de agosto - Transfiguración del Señor A



Quando Dios se manifieste, seremos semejantes a él, porque le veremos tal cual es. (1 Jn 3,2)

Primera lectura

Daniel 7,9-10.13-14

Daniel tomó la palabra y dijo: – Mientras yo contemplaba, se aderezaron unos tronos y un Anciano se sentó. Su vestidura, blanca como la nieve; los cabellos de su cabeza, puros como la lana. Su trono, llamas de fuego, con ruedas de fuego ardiente. Un río de fuego corría y manaba delante de él. Miles de millares le servían, miriadas de miriadas estaban en pie delante de él. El tribunal se sentó, y se abrieron los libros.

Yo seguía contemplando en las visiones de la noche: y he aquí que en las nubes del cielo venía como un Hijo de hombre. Se dirigió hacia el Anciano y fue llevado a su presencia. A él se le dio imperio, honor y reino, y todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron. Su imperio es un imperio eterno, que nunca pasará, y su reino no será destruido jamás.

Segunda lectura

2 Pedro 1,16-19

Os hemos dado a conocer el poder y la Venida de nuestro Señor Jesucristo, no siguiendo fábulas ingeniosas, sino después de haber visto con nuestros propios ojos su majestad. Porque recibió de Dios Padre honor y gloria, cuando la sublime Gloria le dirigió esta voz: "Este es mi Hijo muy amado en quien me complazco." Nosotros mismos escuchamos esta voz, venida del cielo, estando con él en el monte santo.

Y así se nos hace más firme la palabra de los profetas, a la cual hacéis bien en prestar atención, como a lámpara que luce en lugar oscuro, hasta que despunte el día y se levante a vuestros corazones el lucero de la mañana.

Evangelio

Mateo 17,1-9

En aquel tiempo, Jesús tomó consigo a Pedro, a Santiago y a su hermano Juan y se los llevó aparte a una montaña alta. Se transfiguró delante de ellos y su rostro resplandecía como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la luz. Y se les aparecieron Moisés y Elías conversando con él.

Pedro entonces tomó la palabra y dijo a Jesús: – Señor, ¡qué hermoso es estar aquí! Si quieres, haré tres chozas: una para ti, otra para Moisés y otra para Elías. Todavía estaba hablando cuando una nube luminosa los cubrió con su sombra, y una voz desde la nube decía: – Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto. Escuchadle. Al oírlo, los discípulos cayeron de bruces, llenos de espanto. Jesús se acercó y tocándolos les dijo: – Levantaos, no temáis. Al alzar los ojos no vieron a nadie más que a Jesús, solo. Cuando bajaban de la montaña, Jesús les mandó: – No contéis a nadie la visión hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos.

Meditación

La presentación del misterio cristiano, la predicación apostólica tiene una base sólida en los acontecimientos que los apóstoles protagonizaron como testigos de la manifestación de Jesús. Testigos oculares de su manifestación gloriosa. Se refiere a la transfiguración de Jesús. Que nadie piense, por tanto, que se trata de fábulas o mitos, al estilo de los que cuentan los gnósticos y que son puras invenciones humanas sin ninguna clase de fundamento histórico.

Siempre que en el Nuevo Testamento aparece la palabra mito es para rechazarlo. Son presentados como fruto de la imaginación humana en abierto contraste con el evangelio, que se enraíza profundamente en la historia. La diferencia que existe entre lo histórico y lo fabuloso es la que existe entre el cristianismo y la gnosis. Y fue su aferramiento a lo histórico lo que salvó a la Iglesia de entonces de degenerar en una especie de secta gnóstica. Tal vez estemos hoy ante un peligro parecido.

Los apóstoles fueron testigos del poder y de la venida de nuestro Señor Jesucristo. ¿A qué se refiere? Por el contexto de la segunda carta de Pedro sabemos que los falsos doctores discutían sobre la naturaleza del poder divino actual de Cristo como Salvador y Señor, y sobre la esperanza en su segunda venida. Teniendo esto en cuenta, el poder y la venida de nuestro Señor Jesucristo se refieren al poder actual de Cristo resucitado y exaltado, que resulta de su categoría de Señor, vivificador por su vida divina, y a su segunda venida, en la que se manifestaría plenamente el señorío de Cristo.

Los apóstoles fueron testigos oculares de cómo lo celeste, el mundo de arriba, de lo divino, irrumpió en el mundo de lo terreno y de lo humano: esto fue lo que ocurrió en Jesús. Es mencionado en particular el suceso de la transfiguración en la que Pedro jugó un papel muy importante. Jesús manifestó, a través de la luz, la gloria, su participación en el mundo de lo divino o que el mundo de lo divino estaba en él (se trata de demostrar que lo que era impensable en el mundo de la gnosis – la verdadera unión del mundo de lo divino con el mundo de lo humano – había sido una realidad en Jesús). Es lo mismo que el cuarto evangelio formula con la frase: "el Verbo se hizo carne".

Junto al testimonio ocular o además de él, es mencionada como argumento de credibilidad la profecía. Ya los profetas habían hablado de la venida del reino de Dios, en el que Dios se manifestaría claramente, como en el mundo celeste. Después de haber tenido la experiencia de la transfiguración crece la seguridad de que las promesas proféticas no son sueños o puros deseos humanos. Por eso, las profecías deben ser consideradas como una luz, mientras vivimos en un mundo rodeado de tinieblas, hasta que despunte el día. Este día se refiere, sin duda, al de la parusía o segunda venida de Cristo. El autor de nuestra carta quiere decir que la profecía es a la parusía lo que una lámpara en medio de las tinieblas. La transfiguración es presentada, además, como una especie de anticipación y garantía de la parusía. Cuando ésta tenga lugar, se habrá levantado el lucero matutino en vuestros corazones. Quiere decir que se habrá acabado la oscuridad que circunda el misterio de Dios y de Cristo.